CUMPLIR 53, EL BARCO - Carmen Salamanca

Sin rumbo previo ni balizas conocidas,
peligrosamente escorada hacia el futuro,
llegué a ese puerto inusitado.

Debo decir que nunca abandoné el navío,
que abarloé mi destino a tus palabras
para no abarrancar en el desierto
de la ingratitud humana.

¡Al abordaje! -me gritaban tus ojos-
los abrojos amenazan el casco,
la bruma empaña todo recuerdo
y, en el acantilado, la pasión agoniza.

Por la borda arrojé el odio y la usura,
el lastre de aguerridas sentencias
que harían cabecear mi impulso.

Era necesario mirar a proa,
vigilar la popa, no descuidar
cabos ni bridas cuando la marea se encabrita
y capear el temporal a tiempo.

Hubo que carenar la memoria,
usar el compás y poblar las cartas
para que otros habitaran la cubierta.

No hay deriva sin derrota
ni abismo sin destino –decías-
a babor y estribor la felicidad te espera,
porque a bordo la galerna nunca espanta.

Agarré el timón, levé el ancla,
icé la mayor y, equilibrando la mesana,
solté amarras para volar,
a todo trapo, hasta este preciso instante.

Tú rompiste el sextante,
y yo mantendré la quilla firme
para arribar al paraíso con el que soñamos.